

La articulación de la obra tiene una indudable lógica interna. Enmarcada por el primer capítulo dedicado a Jesucristo glorioso en el cielo, especialmente rico por el recurso a fuentes patrísticas, aunque todo el libro es destacable por este rasgo. El último capítulo está dedicado a la resurrección de la carne y especialmente a su dimensión eclesiológica. En medio no falta uno dedicado a la consideración de la muerte como «tránsito», con especial referencia a la liturgia funeraria o de asistencia a los moribundos. Y guardan una estrecha relación los capítulos dedicados a «la Iglesia de la tierra, el Reino de Dios y la Iglesia del cielo» y a «la Iglesia entre su esperanza celestial y su responsabilidad terrestre».

El capítulo restante está dedicado al estudio de las doctrinas sobre la reencarnación, ante el sorprendente dato de la creciente difusión de la creencia en ella, que alcanza ya a una cuarta parte aproximadamente de la población europea. Con el más sorprendente matiz de que se presenta con un sentido de esperanza, frente a las tradiciones orientales que suspiran por romper el ciclo de las reencarnaciones sucesivas. Además de las razones de la fe aducidas con lucidez frente a la no admisibilidad de la reencarnación, resulta interesante la revisión de la postura tradicionalmente atribuida a Orígenes.

Aunque toda la obra presenta un notable interés, quizá destaca la nueva revisión del fervor escatológico inmediato, en el que se ha dado por supuesto que vivía el ambiente circundante y la propia comunidad cristiana primitiva, y de la que participaría el mismo Jesús. También es notable el estudio sobre la identidad entre Iglesia y Reino de Dios, en el que el autor rectifica sus propias posiciones anteriores, bien recientes. También me ha parecido atinada la reflexión sobre la esperanza de la

segunda venida de Cristo y su presencia ya actual en el centro de la fe y la esperanza cristiana.

De interés pastoral inmediato es el capítulo dedicado a la muerte como tránsito y al acompañamiento del moribundo. Pero toda la obra prestará un eficaz servicio para que la consideración —y la predicación— del más allá ilumine y alivie la «amnesia escatológica» que tanto empobrece la vida cristiana.

E. Parada

Antonio HORTELANO, *Teología de bolsillo. Cuestiones esenciales del misterio cristiano*, Ed. «Perpetuo Socorro», Madrid 1991, 265 pp., 13, 7 x 20, 5

Cada vez se hace más urgente disponer de instrumentos de trabajo para la formación en la fe, especialmente aquella dirigida a amplios sectores de cristianos que carecen habitualmente de tiempo y de preparación específica para sumergirse en las intrincadas cuestiones teológicas actuales.

No es pequeño el mérito de reunir en un breve volumen las numerosas «cuestiones esenciales del misterio cristiano», como reza el subtítulo. Obviamente, el autor no ha podido tratar «todo», puesto que se trata de ofrecer una síntesis breve y asequible de los capítulos teológicos más importantes: la teología en general, la existencia de Dios, Dios creador, Jesús, María, la Iglesia, los sacramentos, antropología y escatología. En torno a estos grandes temas se reúnen 250 apartados breves que intentan resumir los aspectos principales. Hay que decir de entrada que la selección nos ha parecido oportuna, y constituye por sí mismo un valor nada despreciable.

Igualmente cabe valorar positivamente el estilo del autor. Su intención

es alcanzar al lector menos familiarizado con los temas teológicos. Nos hallamos ante una obra de divulgación que aspira a mantener un alto tono intelectual junto con una comprensión asequible. Como es natural, no siempre se mantiene el equilibrio: existe cierta discontinuidad entre los capítulos iniciales y el resto.

En cuanto al contenido, es imposible ofrecer aquí un análisis exhaustivo. En términos generales el lector queda con la idea de enfrentarse con un libro elaborado con excesiva velocidad. Hay temas que parecen redactados con una débil información bibliográfica. Probablemente resulta difícil dominar todas las materias abordadas, que se concluyen quizá con simplicidad. En este sentido llama la atención la ausencia de lo más propiamente teológico: la «*quaestio*», la apertura a la totalidad de aspectos de los problemas; queda la impresión de que se zanján con excesiva rapidez cuestiones más complejas que lo que el autor da a entender.

Una relectura atenta del libro podría, además, evitar las frecuentes contradicciones internas en las tesis propuestas. Es probable que la inclusión de textos de otros autores, y de contextos diferentes, sea la causa de algunas de ellas (sería útil, en este sentido, incluir las referencias bibliográficas a pie de página). Por ejemplo, al lector le cabe la duda de si la existencia de Dios es alcanzable por la razón, tal como afirma Vaticano I —y señala el autor—, o si no lo es, tal como afirma H. Küng en los textos aducidos, en que el autor mismo desaparece (no se sabe si para no entrar en el tema o por identificarse con la postura discutible —pero sin discutir— del teólogo suizo). O bien atribuir influencia helénica tanto a Arrio como a Nicea a la vez y sobre el mismo tema (pp. 215-216). O indicar que «con tres o cuatro hijos basta para mantener un ín-

dice demográfico aceptable» (p. 276), cuando en p. 277 se afirma que «se han de tener los hijos que la pareja... piensan que deben tener». O bien el frecuente —y algo ambiguo— uso por el A. de la expresión «certeza suficiente», que parece más bien una repetición —la certeza, si lo es, siempre es suficiente— antes que una categoría gnoseológica: la cuestión es si existen certezas «verdaderas» en grado razonablemente «suficiente». De hecho, la fe no es una simple oferta de sentido, subjetiva e íntima; el problema de la verdad es ineludible (cfr. p. 82).

En otras ocasiones el libro ofrece una yuxtaposición de ideas sin un claro hilo conductor; especialmente en los temas relativos a la acción creadora de Dios; o a la escatología (donde, por otra parte, la bibliografía utilizada es contradictoria entre sí, asunto que el autor sobrevuela).

La apelación a datos tomados de las ciencias humanas podría haber sido más informada: no parece muy realista hoy presentar el célebre informe del Club de Roma como plenamente vigente (p. 148), o decir con excesiva simplificación que «hay hambre en el mundo, más que nunca, a consecuencia de la explosión demográfica» (siendo *un* factor, sin duda, no parece que se pueda afirmar su exclusividad tan tajantemente, y dejar tranquila la conciencia del Occidente opulento que tanto tiene que ver en esa situación denigrante). Podrían evitarse intenciones apoloéticas algo audaces, sobre todo en afirmaciones frontizas con terrenos científicos: así, en p. 303, «los 'yoes' latentes en la energía inicial», tratando del origen del hombre, realmente debería ser repensada. Lo mismo podría decirse de la tentación del «concordismo»: la postura de Theillard en ningún momento es analizada. Otras veces, el autor adopta un tono exhortativo (así, en lo referente a

la Iglesia, o a la virginidad de María, o a la providencia de Dios), que desemboca en una cierta pobreza en el tratamiento, o en obviar las cuestiones reales (p. e. reducir el pecado original a la constatación de que el hombre está naturalmente empecatado —pp. 139-140— es evitar lo específico de la fe cristiana: la etiología de tal situación, que no está causada por un «error de fábrica» de Dios, y por tanto, imputable al hombre y, en este sentido, histórica).

Finalmente, se encuentran afirmaciones poco ajustadas, como que el sacramento de la Confirmación *concluye* el proceso de la iniciación cristiana (p. 284). Admira la velocidad con que se despachan temas de envergadura (p. e., en torno a la contracepción: que los métodos naturales se califiquen de ideal «ecológico» es sugerente, pero en realidad estamos ante un ideal «antropológico», que merece ser tratado con más atención). Hay temas ante los que hay que optar entre tratarlos en su totalidad, o bien como *status quaestionis*, o no abordarlos, antes que concluir sin fundamentar. Por ejemplo, no se argumenta en momento alguno por qué sea rechazable, a juicio del A., la negativa de Pablo VI en la *Humanae vitae* a la contracepción, ni se ofrecen las razones del papa. Parecen igualmente incompletas las alusiones a la autonomía de la conciencia (pp. 46-47) o a las religiones no cristianas, donde está ausente, p. e., referencia alguna al deber ético ante la verdad: cfr. *Dignitatis humanae*. Ejemplos parecidos podrían multiplicarse.

Quizá la raíz de estas deficiencias esté en la ausencia de una relectura crítica de la obra desde una óptica más abierta a otras perspectivas. El autor concluye, frecuentemente y con excesiva rapidez, posiciones no exentas de problemática —no sólo para la fe católica sino para la coherencia interna del libro—, que restan credibilidad a la pro-

pia postura que queda parcialmente invalidada.

Hay páginas bien logradas, especialmente las que analizan la situación religiosa en el mundo de hoy, y las referentes a la Teología, del Capítulo I.

J. R. Villar

Janine HOURCADE, *Pourquoi la femme?*, coédition Desclée/Bégédís, col. «Desclée/Essai», Prefacio de Louis Bouyer, Paris 1992, 146 pp., 11 X 15, 5

J. Hourcade ofrece un nuevo libro sobre el tema de la mujer, que continúa sus anteriores *La femme dans l'Eglise* (Paris 1986); *Etude anthropologique et théologique des ministères féminins* (Paris 1987) y *L'Eglise este-elle misogyne?* (Paris 1990). En esta ocasión, Hourcade centra sus consideraciones en torno a los dos grandes términos ineludibles en toda reflexión sobre el tema: la igualdad y la diferencia entre varón-mujer. Desde esta perspectiva aborda ulteriores temas relacionados con la mujer, y así ofrecer elementos de juicio para el debate actual, en el que parece haber una mayor serenidad que en años anteriores.

En efecto, asistimos a una revisión de las posiciones radicales de hace unas décadas. Hourcade se pregunta, en consecuencia, si la sustancia de la persona humana realmente es posible reducirla y condicionarla por las coyunturas sociológicas, culturales o históricas transitorias. Desde esta óptica cabe también preguntarse —nos dice Hourcade— sobre el sentido de la feminidad en el destino humano, asunto vital no sólo para el individuo sino para la sociedad entera.

Su opción es claramente, según la llama, «espiritual», o abierta a la trascendencia. Mirada la mujer desde la relación de la criatura con su Creador, se